

dia de las Galias, en la que se ve una moderación y una prudencia muy de notar en un guerrero bárbaro. Recuerda en ella á los obispos las órdenes que había dado á sus tropas al comenzar la guerra contra los Visigodos: "Hemos prohibido tomar nada de lo que perteneciera á las iglesias y á los monasterios... Mandamos que no se hiciese violencia alguna ni se causase daño á las personas afectas al servicio de alguna iglesia, y que, si se las hiciese prisioneras, fuesen puestas en libertad, siempre que el obispo asegurase que habían sido sacadas por fuerza del recinto de los templos; después hemos concedido la libertad aun á aquellas que habían sido hechas prisioneras fuera del recinto de las iglesias." En cuanto á los prisioneros laicos, Clovis permite á los obispos que pidan la libertad de aquellos que hubieran sido hechos prisioneros contra el derecho de gentes. En cuanto á los que hubieran sido cogidos con las armas en la mano, el rey bárbaro autoriza á los obispos para que den cartas de protección, á fin de que, por su respeto, los dueños de los esclavos los trataran con más dulzura (1).

Así, la política de los conquistadores, de acuerdo con la religión, moderó los horrores de la conquista. Es difícil establecer un paralelo entre la invasión de las Galias por los Francos y las guerras de César. El general romano encontró una resistencia tenaz; sus guerras con las poblaciones de las Galias fueron una lucha á muerte, mientras que los Bárbaros del siglo V ocuparon provincias indefensas y casi desiertas. Pero teniendo en cuenta, á favor del César, las necesidades de su posición, aún se puede comparar el genio del Romano con el carácter de los Bárbaros. Representante el uno de la civilización antigua, es célebre por su dulzura y su humanidad; los otros salen medio salvajes de los bosques de la Germania. Nos faltan los detalles para caracterizar las invasiones de los Francos; pero, aún cuando se admitieran como ciertos todos los relatos que la exageración de los contemporáneos ha transmitido á la posteridad acerca del espíritu sanguinario y del vértigo devastador de los Bárbaros, la comparación resultaría en favor de estos últimos. Ningún conquistador derramó tanta sangre como César; en el espacio de diez años que

(1) DOM BOUQUET, *Colección de los historiadores de las Galias*, tomo IV, p. 54.

duró la guerra de las Galias, dió muerte á un millón de hombres é hizo otros tantos prisioneros. Y la matanza de la cuarta parte de la población es el menor de sus crímenes; matar es un derecho de la guerra. Desde el punto de vista de la humanidad moderna, se puede hacer el cargo de cruel al genio más humano de Roma. Habiendo maltratado los Vénetos á los embajadores de César, mandó éste dar muerte á todos los senadores y vendió el resto de los habitantes; entregó á la destrucción todo el pueblo de los Eburones, sin perdonar á mujeres ni á niños. Tal era la humanidad romana; no fué más cruel la barbarie, siendo ménos culpable, por cuanto era extraña á toda civilización.

#### IV.—Los Anglo-Sajones.

Tácito pone en boca de un jefe breton un discurso que caracteriza admirablemente las conquistas de los Romanos: "Bandidos cuya presa es el mundo, desde que ya no hay tierra que saquear escudriñan el seno de los mares... Robar, degollar, asolar, hé aquí á lo que llaman ejercer el imperio en su falso lenguaje; su paz es el silencio de los desiertos. La naturaleza ha querido que el hombre no tuviera nada más amado que sus hijos y sus parientes: los vencidos, arrebatados por conscripciones, van á sufrir el yugo en una tierra extranjera... Nuestros bienes y nuestros frutos son arrebatados por los impuestos, nuestras semillas por los proveedores, y nuestros mismos cuerpos y nuestros brazos se ven gastados en descuajar bosques, en rellenar lagos, á merced del látigo y de la injuria. El esclavo de nacimiento no es vendido más que una vez y su dueño le mantiene: la Bretaña compra cada día y cada día alimenta su propia servidumbre" (1).

Tal fué la conquista romana. En Inglaterra, como en las demás partes, los Romanos esparcieron las semillas de civilización; pero ese beneficio fué pagado al caro precio del envilecimiento de los vencidos. Cuando las legiones fueron llamadas para salvar á Roma y á Italia, la Inglaterra, abandonada á sí misma, no tuvo ya fuerzas bastantes para rechazar las invasiones de los Pictos y de los Escotos que ocupaban el Norte de la isla, y tuvo que implorar el socorro de sus vencedores. *Gildas*, el

(1) TÁCITO, *Agrícola*, 30, 31.

Jeremías de la Bretaña, copia la carta que los Bretones dirigieron á Aécio: "Los Bárbaros nos arrojan hácia el mar, y el mar nos rechaza hácia los Bárbaros; no nos queda más que escoger el género de muerte: el hierro ó las olas" (1). Los *gemidos de la Bretaña* no fueron escuchados, y entonces llamó á los Sajones en su auxilio.

Los Sajones eran el terror del imperio. *Sidonio Apolinar*, el obispo poeta, describe con vivos caracteres el terror de los provincianos y la crueldad de los Bárbaros (2): "No hay enemigo más feroz, dice; cuando ménos se le espera es cuando ataca, y cuando se está preparado para recibirle se evade... Todo remero es entre ellos un archipirata; todos mandan, obedecen, aprenden y enseñan el bandolerismo. Los naufragios no les aterran; el mar es su elemento. Se aprovechan hasta de las tormentas para acechar y caer sobre su presa... Antes de regresar á sus hogares sacrifican el diezmo de sus prisioneros." Los Sajones vencieron á los Pictos y Escotos; pero los vencedores se volvieron contra los Bretones, y entonces se dió principio á una escena de devastación y de carnicería cual no se ve igual en la historia.

"Del uno al otro mar, dice *Gildas*, la mano sacrilega de los Bárbaros venidos del Oriente llevó el incendio; y la llama no se detuvo hasta después de haber quemado ciudades y campiñas en casi toda la superficie de la isla, que fué barrida como por una manga de fuego hasta el Océano occidental... Todos los habitantes, con los guardianes de los templos, sacerdotes y pueblo, perecieron por el hierro ó por el fuego. Una torre, venerable y vistosa, se levanta en medio de las plazas públicas; la torre cae: los fragmentos de sus muros, piedras, altares sagrados, revueltos con los troncos y miembros de los cadáveres, y todo ello empapado en sangre, semejaban á un pié de orujo cuando lo estruja una formidable prensa... Si algunos infelices habían logrado escapar á tales desastres, alcanzados al pié de las montañas son allí mismo degollados; otros, impulsados por el hambre, volvían y se entregaban al enemigo para vivir en perpetua servidumbre" (3).

Los colores de este cuadro están demasiado

(1) GILDAS, *De Excidio Britannia*, c. 13.  
(2) SIDON. APOLLIN., *Epist.* VIII, 6.  
(3) GILDAS, *De Excidio Britannia*, c. 24, traducción de CHATEAUBRIAND.

cargados para que sean la expresión de la verdad; pero, sin embargo, el testimonio del *Cronista sajón* prueba que se cometieron atrocidades inauditas: "Ese año, los reyes Aella y Cissa sitiaron á Anderida y dieron muerte á todos sus habitantes; ni un solo Breton conservó la vida" (1). Se concibe bien que en presencia de esas narraciones, los historiadores modernos hayan creído que toda la población indígena fué exterminada; pero eso es generalizar hechos aislados. Los Germanos no estaban animados de ese furor de destrucción que caracteriza las invasiones de los Tártaros; y puesto que procuraban establecerse, no podían reducir á desiertos los países conquistados. Dando una buena parte á la matanza, queda siempre la mayor parte de los vencidos á la que tenían interés en perdonar los conquistadores mismos; reducida al estado de servidumbre, cultivó en beneficio de los vencedores el suelo de la Bretaña, que en otro tiempo había sido su propiedad (2).

De todas las conquistas germánicas, la más violenta fué la de los Anglo-Sajones. En las Galias y en la España, los Romanos impusieron su idioma y su religión á los conquistadores. En Inglaterra, la lengua latina desapareció, y el cristianismo se borró hasta el punto de que fueron menester nuevos misioneros para predicar el Evangelio á vencedores y á vencidos. Los Germanos imprimieron su idioma, sus instituciones y su genio á la isla de los Bretones. La conquista fué tan bienhechora como ruda; los Anglo-Sajones, mezclados á la raza indígena, se han esparcido por los dos mundos, y ocupan hoy el primer lugar en la civilización europea.

#### N.º 3.—La Europa después de la invasión.

La comparación del imperio romano con el mundo germánico después de la invasión inspira una profunda tristeza á todos los historiadores; ven en aquél los beneficios de la civilización y en éste el reinado de la barbarie: "Todo el Occidente, dice *Voltaire*, era bárbaro ó estaba asolado; tantas naciones, en otro tiempo subyugadas por Roma, habían vivido, por lo ménos, en dichosa sujeción

(1) CHRONIC. SAXON., p. 15.  
(2) TURNER, *Histor. de los Anglo-Sajones*, III, 5 (t. I, p. 191). El nombre de Breton ó de Galos vino á ser sinónimo de *servidor* ó *tributario* (THIERRY, *Hist. de la conquista de Inglaterra*, lib. II).

hasta el siglo V: ejemplo único en todas las edades de que los vencedores hayan construido esas grandes vías y levantado esos anfiteatros y espaciosas termas que ninguna otra nación ha tratado después ni siquiera de conservar... Cuando se pasa de la historia del imperio romano a la de los pueblos que le han desgarrado, parece que se ve a un viajero que, al salir de una magnífica ciudad, se mete por un desierto cubierto de matorrales. Veinte dialectos bárbaros suceden a aquella hermosa lengua latina que se hablaba desde el fondo de la Iliria hasta el monte Atlas. En lugar de las sábias leyes que gobernaban a la mitad de nuestro hemisferio, se encuentran solamente costumbres salvajes. Los circos, los anfiteatros se ven trocados en establos cubiertos de paja. Las grandes vías, tan hermosas, tan sólidas, abiertas desde el pie del Capitolio hasta el monte Tauro, se ven llenas de baches y de charcos. La misma revolución se verifica en los espíritus. Gregorio de Tours, el monje de Saint-Gall y Fredegario son nuestros Polibios y nuestros Tito Livios...

Gregorio de Tours y Fredegario mismos conocían muy bien que atravesaban una edad de decadencia: "La cultura de las letras se pierde y desaparece hasta en las ciudades de las Galias... Los Bárbaros se entregan a su ferocidad, los reyes a su furor... Muchos hombres lloran diciendo: ¡Qué tiempos tan desastrosos! ¡El estudio de las letras ha muerto entre nosotros!" (1). Tales son los lamentos del primer historiador de los Francos. Su continuador *Fredegario* expresa aún más tristemente la decrepitud de la civilización: "Yo desearía, dice, que me hubiese cabido en suerte una facundia tal que pudiera imitar a Gregorio de Tours; pero se bebe con dificultad en una fuente seca. El mundo se hace viejo, y en nosotros se embota la punta de la sagacidad. Ningun hombre de estos tiempos puede asemejarse a los oradores de las edades precedentes, nadie se atrevería a pretenderlo," (2).

Comprendemos los lamentos de Gregorio de Tours y de todos cuantos eran afectos a la civilización romana. Veían un mundo derrumbarse, mundo corrompido, es verdad, pero los contemporáneos no tenían conciencia de los males que hacían su muerte inevitable, y tampoco podían percibir

(1) GREG. TURON., *Præfa.*  
(2) FREDEGAR., *Prolog.* (BOUQUET, t. II, p. 413).

los gérmenes de porvenir que traían consigo los conquistadores. Para ellos los Bárbaros eran tan salvajes como los animales con cuyas pieles se cubrían. Pero la historia no debe hacer coro a aquellos lamentos. Si nosotros vivimos y si avanzamos hácia el cumplimiento de nuestros destinos, demos gracias a los Bárbaros que inspiraban tanta pena a Gregorio de Tours. La sociedad antigua se habría extinguido en la decrepitud y la corrupción, no obstante sus ciudades florecientes, sus circos y sus anfiteatros. Ya lo hemos dicho y lo repetiremos aún a los que creen que la vida existe allí donde reina el orden, bajo un gobierno regular: la magnífica administración de Roma encubría la muerte; la vida estaba en la sociedad desordenada, pero rica de porvenir, de los Bárbaros.

Se acusa a éstos de haber cubierto de ruinas la Europa, y se olvidan las ruinas hechas por los Griegos y los Romanos. La despoblación no fué una consecuencia de la invasión, sino que la precedió: son los pueblos del Norte los que la detuvieron. *Polibio* se lamentaba ya de que las ciudades de Grecia se veían desiertas y los campos sin cultura; los hombres, entregados al lujo y a la avaricia, ya no se casaban y rehusaban mantener los hijos nacidos de uniones ilegítimas; cuando más, querían tener un solo heredero que continuase su vida muelle y ociosa, esterilizando su riqueza; la guerra ó la muerte arrebatando a esos débiles retoños, el árbol de las familias acababa por extinguirse (1).

Las ruinas de la Grecia entristecían ya a los contemporáneos de Cicerón, y esas ruinas se amontonan a medida que la antigüedad languidece: "No describiré, dice *Estrabon*, el Epiro y las comarcas circunvecinas, porque esos países están completamente desiertos; los soldados romanos se acuartelan en casas abandonadas... *Plutarco* se admira de la escasez de hombres: "En el día, la Grecia entera no podría armar tres mil hombres; en otro tiempo, la ciudad de Megara envió ese mismo cupo a Platea... La despoblación se hacía sentir hasta en las ciudades mercantiles; Alejandria había perdido, desde el siglo III, más de la mitad de su población (2).

La Italia estaba en mucha parte desierta ántes

(1) POLYB., XXXVII, 4, 6, 7.  
(2) STRABON, VII, 223, 226, ed. Casaub. Igual pintura hace de la Arcadia (VIII, p. 267).—PLUTARC., *De octo oraculo.*, c. 8.—GIBBON, c. X.

de la llegada de los Bárbaros (1). *Tito Livio* se pregunta cómo podían los Equos y los Volscos, tantas veces vencidos por Roma, levantar nuevos ejércitos: supone que existía en aquellas comarcas una innumerable multitud de hombres libres, mientras que en su tiempo se reclutaban con dificultad algunos soldados, y sin los esclavos se verían convertidos en una soledad. Tampoco la Italia podía ya alimentar a sus escasos habitantes: "Sin el extranjero, dice *Tácito*, no viviríamos; la vida del pueblo romano se encuentra todos los días a merced de las olas y de las tempestades," (2).

Roma era esencialmente conquistadora, y en la antigüedad, la guerra llevaba tras de sí la devastación y las ruinas. ¿Tendremos que recordar a Cartago, a Numancia, a Jerusalem, y tantas otras ciudades destruidas? Verdad es que las conquistas de Roma se distinguen por su carácter civilizador; pero ántes de lamentar con *Voltaire* las ciudades, los anfiteatros y las vías romanas, veamos adónde condujeron esos beneficios al imperio. Los Bárbaros, dice *Montesquieu*, haciendo a los Galos siervos de la gleba, no hicieron cosa que no hubiera sido más cruelmente practicada ántes de ellos. Es necesario leer en *Salviano* las horribles exacciones que gravitaban sobre los pueblos. El orador cristiano presenta a los Galos aniquilados, por decirlo así, a causa de los impuestos, reducidos a abandonar sus hogares para librarse del tormento, y condenándose a destierro para no sufrir otros suplicios. "El enemigo, dice él, es para ellos ménos temible que el exactor de los tributos, y se refugian entre los Bárbaros para evitar las persecuciones de los agentes del fisco," (3).

Los Galos y los Españoles, reducidos a la desesperación, se sublevaron y se echaron a vivir por los bosques como bandoleros. "Se acrimina su deserción a los *Bagaudos*, exclama *Salviano*. Mas por ventura, ¿lo que les ha hecho abandonar el glorioso título de ciudadanos romanos, después de haber perdido todas las ventajas de la libertad, no son las rapiñas, las proscripciones y las concusiones de los magistrados?... ¡Llamamos rebeldes y malvados a hombres a quienes nosotros hemos obli-

gado a ser criminales!... Los magistrados, agentes del fisco, como bestias feroces devoran a los pueblos que están a su cargo en lugar de gobernarlos; y no contentos con despojarlos, como hacen los ladrones, los desgarran y se sacian, por decirlo así, con su sangre. De este modo es como se ha obligado a esos infelices a hacerse Bárbaros," (1).

Entre los Galos y los Españoles, aquellos que no estaban apegados al suelo desertaban del imperio; y ántes que ser esclavos del fisco entre los Romanos, preferían vivir pobres y libres entre los Bárbaros (2). "No se halla entre éstos, dice *Salviano*, una tiranía semejante a la que aquí sufrimos. Léjos de cometer injusticias para con los de su nación, ni aún las cometen con el ciudadano romano que vive en los lugares donde ellos mandan... Hé ahí por qué todos los Romanos que viven entre aquéllos piden al cielo como un gran favor, el no verse jamás a merced de los oficiales del emperador y el poder vivir siempre bajo el gobierno de los Godos... No vemos que se refugien a nosotros ningunos de los que viven bajo la dominación de los Bárbaros, mientras que estamos viendo a muchos Romanos que huyen de las provincias sujetas todavía al emperador, y van a buscar un asilo en aquellas otras donde reinan los Godos. Lo que hay que admirar es que todo el pueblo trabajador no tome ese partido, si bien no depende de ellos el no tomarle; ¡los infelices no pueden llevarse sus muebles como sus chozas! Y no pudiendo ejecutar lo que desearían, ¿qué es lo que hacen? Se ponen bajo la protección de personas poderosas, de las cuales se constituyen, en cierto modo, prisioneros de guerra: colonos en la apariencia, acaban por ser esclavos," (3).

"Ni son únicamente los pobres, añade *Salviano*, los que suspiran por la dominación bárbara. Galos de las mejores familias se echan todos los días en brazos de los enemigos de Roma; buscan entre los Bárbaros la humanidad, no pudiendo soportar ya la inhumanidad de los Romanos... A pesar de la diferencia de costumbres, de la diversidad de idioma, y, si me atrevo a decirlo, a pesar del olor hediondo que exhalan los cuerpos y los vestidos de

(1) SAN AMBROSIO dice de la Italia (*Epist.* 39 a la 61, c. 3): "Tot semirutarum urbium cadavera, terrarumque sub eodem conspectu exposita funera... in perpetuum prostrata ac diruta."  
(2) LIV., VI, 12.—TACIT., *Annal.*, III, 54.  
(3) SALVIANO, *de Gubern. Dei*, lib. v, p. 109 y siguientes.

(1) SALVIANO, *de Gubern. Dei*, lib. v, p. 108.  
(2) OROS., *Hist.*, VII, 41.—Cf. SALVIANO, lib. v, p. 108: "Malum sub specie captivitatis vivere liberi, quam sub specie libertatis esse captivi."  
(3) SALVIANO, *de Gubern. Dei*, lib. v, p. 112 y siguientes.

esos pueblos extranjeros, quieren mejor soportar todo eso que las tiránicas violencias de los Romanos... ¿Qué prueba más sensible puede haber de la iniquidad del gobierno que la de ver á hombres que deberían conceptuarse dichosos con el rango que tienen en la sociedad reducidos, por las injusticias irritantes que sufren, á tener que renunciar á su patria y á los derechos de su nacimiento?., (1).

Tal era el estado de las Galias y de la España, según *Salviano*. Y su testimonio no es único (2). Un historiador bizantino nos ha transmitido el interesante relato de la embajada que Teodosio envió á Atila. Los enviados se sorprendieron al encontrar en el acompañamiento del rey de los Hunos á un hombre que hablaba el griego: era un ciudadano del imperio que se había hecho Bárbaro, el cual les confesó que prefería infinitamente la vida que pasaba entre los Bárbaros á la que había pasado como súbdito de los emperadores. Y téngase en cuenta que aquellos Bárbaros eran los Hunos, los más feroces de los pueblos Tártaros, ¡el terror de las poblaciones! "Entre los Hunos, decía él, los trabajos de la guerra son los únicos que hay que soportar; aparte de esto, se goza de la vida sin cuidados y sin disgustos. Entre los Romanos, no solamente se sufren los males de la guerra por la cobardía y la incapacidad de los generales y por el desenfreo de los soldados, sino que las exacciones de los magistrados durante la paz son mil veces más terribles que las calamidades de la guerra.", (3). Las leyes mismas comprueban el triste estado del imperio. Ya hemos dicho en otro lugar cuál era la condición de los magistrados y los jefes de las ciudades, y de qué manera procuraban evadirse de los cargos y honores que los encadenaban (4). En su desesperación, los Romanos llamaron á los Bárbaros como libertadores; y no bastando las penas ordinarias para contener aquella defección, una ley decretó la pena del fuego con-

(1) SALVIAN., *de Gubern. Dei*, lib. v, p. 107 y siguientes.

(2) En el Panegirico de JULIANO se lee (BOUQUET, *Recopilación de los historiadores*, t. 1, p. 721): Las comarcas de las Galias, que habían logrado muchas veces escapar á las invasiones de los Bárbaros, se veían infestadas por infames ladrones con el nombre de jueces. Hombres libres eran sometidos al tormento, y nadie absolutamente se hallaba exento de sus ultrajes: de forma que los infelices ciudadanos deseaban la llegada de los Bárbaros, y preferían á tantos males la cautividad.— Véase á LAHUREAU, *Histor. de las Instituciones meroving.*, p. 120-150.

(3) *Excerpt. de Prisci histor.*, p. 191, ed. de Bonn.

(4) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

tra los que abriesen la frontera á los enemigos (1).

La historia puede, pues, decir, con *Salviano*, que la invasión de los Bárbaros fué un beneficio hasta para los contemporáneos. Sin duda alguna que hubo desastres, ruinas, víctimas; el historiador, en sus reflexiones filosóficas, no debe cerrar su corazón á los gemidos de las poblaciones que perecieron al hierro de los Bárbaros, y debe lamentar la pérdida de los monumentos de una civilización que se desploma; pero también debe dirigir sus miradas más allá de los males de actualidad. De ese modo podrá ver, en medio de los escombros del antiguo mundo, los gérmenes de una nueva sociedad mucho mejor que la que ve desaparecer. Los Germanos, después de haber destruido, van á reconstruir. Sus primeros pasos en la civilización tienen todavía el sabor de la barbarie; pero las sociedades que salgan de ese largo trabajo que se llama la Edad Media estarán animadas de una vida fuerte y progresiva. En su marcha hacia la perfección, se verán inspiradas y sostenidas por una religión que estaba hecha para las razas vírgenes de la Germania. El cristianismo se enlaza íntimamente con los Bárbaros; la invasión de éstos es la que le salva del contacto del paganismo: entonces es cuando se consolida, y para demostrar su virtud civilizadora, lleva palabras de humanidad á los vencedores y consuelos de caridad á los vencidos.

### § III.—El cristianismo y la invasión de los Bárbaros.

#### N.º 1.—El cristianismo y los Bárbaros.

Hemos visto á los Bárbaros en presencia de Roma. Pero había otro elemento en el mundo antiguo, el cristianismo. ¿Cuál fué su misión frente de los conquistadores del imperio? ¿Cuál fué el papel de la religión cristiana durante la invasión?

Se acusa al cristianismo de haber precipitado la ruina de Roma. Desde que los paganos vieron un culto nuevo que se alzaba sobre los escombros de los antiguos altares, comenzaron á imputar á los cristianos todos los males que afligían al imperio, y con más amargura que otros, las invasiones de los Bárbaros y las derrotas de las legiones.

(1) L. 1, *Cod. Theod.*, VII, 1.

Roma, victoriosa bajo el paganismo, declinaba y perecía bajo la dominación de la nueva creencia. Los mismos cristianos estaban espantados de aquella gran catástrofe, y se sorprendían y blasfemaban al ver sucumbir la Ciudad Eterna (1). Esas acusaciones han sido repetidas por los filósofos del siglo XVIII: el cristianismo abrió el cielo, dice *Voltaire*, pero perdía el imperio (2).

Los Padres de la Iglesia defendieron ardientemente á los cristianos del cargo de aliados de los Bárbaros. Á instancias de Agustín, escribió *Orosio* su *Historia* para probar que en el mundo habían siempre ocurrido desgracias tan grandes como las de que se quejaban los paganos. Su obra es una enumeración fastidiosa de todas las calamidades, guerras, pestes, hambres, temblores de tierra, tempestades y crímenes, que afligieron al género humano en la antigüedad. La comparación del pasado con el presente ofrece alguna vez al historiador cristiano la sospecha de un progreso; pero esa vislumbre es un relámpago. *Orosio* está dominado por una idea sistemática; su historia es un alegato en favor de los cristianos contra las acusaciones de los paganos, y en su deseo de descargar á la religión cristiana, llega casi hasta negar las calamidades de su tiempo (3).

No seguiremos á *Orosio* en los detalles de su defensa: la justificación es, por lo general, tan poco fundada como el ataque. Tenía *Orosio* una respuesta perentoria que dar á las acusaciones de los paganos: era la de mostrarles, con la historia en la mano, cuál era la verdadera causa de la decadencia de Roma. *Agustín* la descubre en el admirable cuadro de la decrepitud del imperio, en el cual presenta á los señores del mundo gangrenados por el egoísmo y la inmoralidad: "La única cosa que les importa, dice él, es la de acrecentar sus riquezas para aumentar sus profusiones diarias... Los pobres no piden más que una ociosidad tranquila á la sombra de la dependencia de los ricos... Los pueblos aplauden, no á los que cuidan de sus verdaderos intereses, sino á los que proveen á sus placeres... La única libertad que desean es la de que

(1) AUGUST., *de Urbis excidio*, Sermo. § 1: "Mirantur homines, et utinam tantum mirarentur, et non etiam blasphemarent, et cetera."

(2) Esa es también la opinión de J. DE MÜLLER (*Werke*, tomo XXXIII, p. 24 y sig., in-18).

(3) En medio de la invasión de los Bárbaros, celebra los beneficios de la paz romana (III, 8; I, 21).

cada uno pueda á su antojo, en todo lugar y á toda hora del día y de la noche, jugar, beber, vomitar, anegarse en la crápula... La única institución pública por la cual se interesan es la prostitución, son los teatros. Se necesita que las prostitutas abunden en las calles para el placer de los que no tienen medio de mantener una concubina... Los teatros resuenan con los gritos de una algazara impúdica, y palpitan con las emociones de un deleite vergonzoso y cruel... Hé aquí la dicha que ellos piden á sus dioses... ¿Es éste el imperio romano, ó es más bien el palacio de Sardanápalo? (1).

Una sociedad no puede subsistir cuando está corrompida hasta ese punto. Pero ¿cuál era la causa de esa corrupción? El culto de los falsos dioses, dice *Agustín*. Y los Romanos, con gran dolor, exclaman: Pues ¿por qué ha perecido Roma, cuando se ha hecho cristiana? "¿Quién se atreve á dirigir semejante cargo á Dios? responde el santo obispo. ¿Es un cristiano? Pues si lo es, que se diga á sí mismo: Dios lo ha querido... Colocado en el terreno religioso, fácil era al Padre de la Iglesia imponer silencio á las murmuraciones de los fieles: un discípulo de Cristo no se debe preocupar de la tierra, sino del cielo; no se debe decir que Roma ha perecido, porque Roma no son los muros, son los hombres, y los Romanos no han perecido si ellos perseveran en las vías de Dios. ¿Por qué aterrarse por la caída de las ciudades terrestres, cuando subsiste la ciudad santa? En vez de deplorar la muerte, la cautividad, la pérdida de las riquezas, bendigamos esas tribulaciones como una preparación para el reino de Dios (2).

De esta manera, los únicos sentimientos que la ruina de la antigüedad infunde al cristianismo son una sumisión sin límites á las voluntades de Dios, el desprecio de la tierra y el deseo del cielo. Los Padres de la Iglesia no tienen conciencia del vínculo íntimo que existe entre el cristianismo y los Bárbaros; no ven que, en medio de la civilización antigua, la religión de Cristo se hubiera viciado con la corrupción general; que una fe nueva reclamaba razas frescas y puras, y que, lejos de deplorar la caída de Roma, era preciso regocijarse de ella y considerarla como la aurora de un mundo mejor.

(1) AUGUSTIN., *De Civitat. Dei*, II, 20.

(2) AUGUSTIN., *Serm.* 206, § 7; *Serm.* 81, § 9; *Serm.* 105, §§ 8, 9, 11, 13.